EL SEMBRADOR
POINT HARBOR



LA SEGURIDAD
De la salvación

«Y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano». — **Juan 10:28**



I. LA SEGURIDAD DE LA SALVACIÓN ESTA EN CRISTO

Juan 10:22-30

Lee el pasaje completo antes de continuar

Después de haber creído en Cristo como Salvador, es muy natural que surja una inquietud en el corazón: si en algún momento volvemos a fallar, ¿perdemos la salvación? Pensar que nuestra salvación se sostiene mediante nuestras buenas obras equivaldría a confiar en el esfuerzo humano diario en lugar de descansar por completo en la obra de Cristo.

Las Escrituras nos enseñan una verdad radicalmente distinta. **Efesios 2:8-9** declara que somos salvos por gracia mediante la fe, no por nuestras propias obras; y **Romanos 5:1** confirma que ya estamos en paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo. Esto significa que nuestra aceptación ante el Padre no depende de cuán bien nos portemos hoy, sino de lo que Cristo ya consumó de una vez y para siempre en la cruz.

Por eso, la certeza de nuestra salvación no descansa en lo que hagamos para mantenernos firmes, sino en el poder de su perdon. En **Juan 10:27-30,** Jesús explica que sus ovejas escuchan su voz, Él las conoce, ellas lo siguen y les otorga una vida eterna de la que jamás serán separadas, asegurando con absoluta firmeza que nadie tiene la potestad de arrancarlas ni de su mano ni de la mano del Padre.

En conclusión, la certeza de que somos de Dios no se fundamenta en nuestros méritos, **sino —como afirma el evangelio de Jesucristo— en Aquel que se hizo hombre, entregó su vida en la cruz y resucitó para garantizar vida eterna a todos los que creen en Él.**



II. UNA VEZ PERTENECES A CRISTO NADA PUEDE QUITARTE LA SALVACIÓN

Juan 10:24-26 [24]Y le rodearon los judíos y le dijeron: ¿Hasta cuándo nos turbarás el alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente. [25]Jesús les respondió: Os lo he dicho, y no creéis; las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ellas dan testimonio de mí; [26]pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas, como os he dicho.

Si nuestra salvación descansa enteramente en la obra de Cristo, es muy natural preguntarse: ¿cómo podemos estar completamente seguros de nuestra salvación? Cuando los líderes religiosos le exigieron a Jesús una respuesta tajante, Él les dejó ver que ellos no eran sus hijos no por la falta de evidencias, sino la falta de fe; su incredulidad demostraba que no formaban parte de su rebaño.

Con esta enseñanza, el Maestro transforma nuestra perspectiva. El evangelio no comienza imponiéndonos una lista de reglas ni exigiéndonos un esfuerzo diario para ganarnos el favor de Dios; comienza estableciendo un vínculo de pertenencia. Al decir «Mis ovejas oyen mi voz», Jesús no se refiere al sonido de llas palabras, sino a un corazón que reconoce a su Pastor y acoge su mensaje con fe sincera. Esta verdad la ratifica Él mismo en **Juan 5:24,** al prometer que quien oye su palabra y cree en el Padre tiene vida eterna de inmediato y ya no enfrenta condenación. Oír su voz es, sencillamente, confiar en Él y recibir la vida para eterna que no se pierde.

La certeza del creyente se vuelve inquebrantable cuando Jesús añade: **«Y yo las conozco».** Esto nos revela que el que ha recibido a Cristo le pertenece a Dios, asi lo confirma el apóstol Pablo en **Segunda de Timoteo 2:19:** «Conoce el Señor a los que son suyos». Nuestra seguridad no se sostiene en lo bien que nos portemos para conservar la vida eterna, sino en la seguridad absoluta de que Él nos conoce, nos sostiene y jamás nos suelta.

Por último, al afirmar **«y me siguen»,** Jesús nos enseña que la obediencia no es el requisito previo para ganarnos el amor de Dios, sino el fruto natural de ya pertenecerle. **Por eso, la vida eterna no es un premio al rendimiento humano, sino la prueba viva de que somos suyos para siempre.**



III. CRISTO NO PIERDE A NINGUNO DE SUS HIJOS

Juan 10:28 [28]y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano.

Después de describir a sus ovejas, Jesús hace una afirmación categórica en **Juan 10:28: «Y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás».** El Señor no ofrece una salvación temporal o sujeta a nuestro rendimiento diario, sino un regalo absoluto e incondicional. Por definición, una vida que es verdaderamente eterna no puede extinguirse ni perderse.

Esta misma certeza se repite a lo largo del evangelio de Juan. Por ejemplo, en el c**apítulo 6, versículo 47,** Jesús declara con absoluta sencillez: «El que cree en mí, tiene vida eterna», presentándola como una posesión actual y segura. De igual forma, **Juan 3:16** afirma que todo aquel que cree en Él no se pierde, sino que recibe vida para siempre.

Al añadir las palabras «y no perecerán jamás», Jesús disipa cualquier temor o duda. El creyente verdadero no enfrentará la pérdida de su salvación, porque Cristo mismo le ha otorgado una vida incorruptible que no tiene fin.
Esta verdad armoniza a la perfección con lo que escribe el apóstol Pablo en **Romanos 8:1:** «Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús». Si Dios ya nos ha declarado justos por medio de su Hijo, el creyente ya no vive bajo una sentencia de condenación.

Por eso, cuando el Señor concluye diciendo «ni nadie las arrebatará de mi mano», nos enseña que nuestra seguridad no depende de nuestra propia fragilidad para retener a Dios, sino del poder soberano con el que Él nos sostiene. **Nuestra seguridad de la salvación descansa enteramente en quién es Cristo, en la perfección de su obra y en la firmeza de su promesa.**



IV. EL PADRE, EL HIJO Y EL ESPÍRITU SANTO GARANTIZAN LA SALVACIÓN

Juan 10:29-30. [29]Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre. [30]Yo y el Padre uno somos.

En **Juan 10:29-30,** Jesús eleva nuestra certeza de la salvación al máximo nivel al recordarnos que la seguridad de los creyentes no descansa únicamente en su propio poder como Hijo, sino también en el propósito inquebrantable del Padre. Nuestra salvación no inició por un mérito o esfuerzo nuestro, sino por la iniciativa soberana de Dios.

Esta verdad se ve reflejada con claridad en **Juan 6:37-39,** donde Jesús explica que todo lo que el Padre le entrega llega hasta Él, y que la voluntad divina es no perder absolutamente a ninguno, sino resucitarlo en el día final. Si el Padre confió sus ovejas al Hijo, el Hijo jamás dejará perder a ninguna. Al afirmar que Él y el Padre son uno, el Señor nos enseña que ambos comparten idéntico poder y una determinación absoluta para salvarnos y cuidarnos para siempre.

Para sostener este fundamento, **Hebreos 10:14** nos recuerda que con una sola ofrenda perfecta, Cristo hizo santos y completos para siempre a los suyos; y **Romanos 8:38-39** añade que ninguna fuerza creada en el universo podrá separarnos jamás del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús.

Finalmente, para sellar de manera definitiva esta promesa, el apóstol Pablo explica en Efesios **1:13-14** que, al creer, fuimos marcados con el Espíritu Santo, quien actúa como la garantía de nuestra herencia eterna. Así, el creyente vive con absoluta confianza: sostenido por las manos del Hijo y del Padre, y sellado por el Espíritu Santo hasta el día de nuestra redención final.



V. DIOS CORRIGE EL PECADO SIN QUITARNOS LA SALVACIÓN

Alguien podría escuchar esta doctrina de la seguridad eterna y pensar que nos da permiso para pecar sin consecuencias. Sin embargo, esa idea contradice por completo las Escrituras: la gracia de Dios jamás es una excusa para la desobediencia.

En **Juan 10:27,** Jesús afirma que sus ovejas oyen su voz y le siguen. Esto nos enseña que la vida eterna no genera indiferencia hacia el pecado, sino un deseo constante de responder al Pastor. El apóstol Pablo responde con firmeza a esta misma duda en **Romanos 6:1-2,** cuando pregunta: «¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera». La gracia verdadera no solo perdona nuestro pasado, sino que nos transforma y nos da el poder para apartarnos del mal. Como explica **Tito 2:11-12,** esta gracia nos educa para renunciar a la impiedad y vivir de manera justa y piadosa. Por lo tanto, la obediencia no es el requisito para ganar la salvación, sino el fruto inevitable de haberla recibido.

También debemos reconocer con absoluta franqueza que un creyente puede llegar a fallar o pecar después de conocer a Cristo; la Biblia no oculta esta realidad. No obstante, caer en pecado no significa perder la salvación.
Romanos 8:1 nos recuerda que ya no hay condenación para quienes están en Cristo, y **Hebreos 12:6-7** nos enseña que el Señor disciplina a sus hijos porque los ama. Cuando un hijo de Dios tropieza, el Padre no lo rechaza ni lo expulsa de su familia, sino que lo corrige con amor paternal para guiarlo de regreso al camino de la obediencia.

Para fortalecer esta verdad, **Primera de Juan 2:1** nos consuela diciendo: «Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo». Cuando fallamos, no quedamos abandonados ni bajo juicio, porque Cristo mismo intercede por nosotros. **En conclusión, la seguridad eterna no minimiza el pecado; al contrario, descansa en la certeza absoluta de que Dios cuida de sus hijos, disciplina sus vidas con amor y los sostiene firmemente hasta el final sin retirarles jamás su salvación.**



VI. MANTÉN LA CONVICCIÓN ABSOLUTA DE QUE TU SALVACIÓN JAMÁS SE PERDERÁ

Después de contemplar todas las verdades que Jesús nos enseña en **Juan 10:22-30,** la conclusión es firme y definitiva: nuestra salvación no dependen de los méritos humanos, sino enteramente de la obra perfecta de Cristo. Sus ovejas le pertenecen, Él les otorga una vida eterna incondicional, promete que jamás perecerán y asegura con absoluto poder que nadie puede arrancarlas ni de su mano ni de la mano del Padre.

Por otro lado, la Biblia también nos enseña a comprender qué es una fe genuina. El apóstol Juan escribe en **Primera de Juan 2:19:** «Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros». Este pasaje no significa que un hijo de Dios pueda perder la salvación, sino que aclara que aquellas personas que se apartan por completo nunca pusieron su confianza real en Cristo y, por lo tanto, jamás fueron sus hijos y no formaron parte espiritualmente de su rebaño.

Por esta razón, el creyente no debe vivir atormentado por la duda, sino descansar con profunda paz en la fidelidad de Dios. Cuando Jesús exclamó desde la cruz «Consumado es», pagó el precio total. **Efesios 1:7** confirma que en Él tenemos la redención por su sangre y el perdón de nuestras ofensas, mientras que **Romanos 8:30** nos recuerda que a los que Dios predestinó y justificó, también los glorificó. Nuestra certeza descansa por completo en su fidelidad inalterable.

Para reforzar esta confianza, **Primera de Pedro 1:5** nos enseña que somos guardados por el poder mismo de Dios mediante la fe. **En conclusión, la salvación no se pierde bajo ninguna circunstancia porque Dios es quien nos salva, Dios es quien nos sostiene y Dios mismo nos lleva de su mano hasta el final.** Y si alguien que lee esto aún no se ha entregado a Cristo, la puerta sigue abierta de par en par conforme a su propia promesa en **Juan 6:37**: «Al que a mí viene, no le echo fuera».



MIRÁ EL VIDEO DE ESTA LECCIÓN

Escaneando el código QR.
y baja hasta el segundo video

CONTÁCTANOS

TELÉFONO: (757)465-1305
CORREO ELECTRÓNICO:
elsembrador@pointharbor.com

REUNIONES

Domingos, 10:45 a.m.
2705 Taylor Rd. Chesapeake, VA, 23321

AVANZA A NUESTRA PÓXIMA LECCION: EL BAUTISMO

Escaneando el codigo QR.

EL SEMBRADOR
POINT HARBOR